

CAPITULO CXIX.

Proclamación del archiduque Matías.—Los tercios españoles llegan á Flandes.—Batalla de Gembloux.—El de Orange sale de Bruselas.—Toma de Nivelles y de Luxemburgo.

VEINTE años contaba á la sazón el archiduque Matías, y en semejante edad, la ambición y el deseo de gloria pueden arrastrar y seducir al joven á quien con halagüeños colores se le pintan los medios de satisfacer la una y alcanzar la otra.

Precisamente los pocos años del Archiduque fueron la verdadera causa de que aceptase el papel que le proponían los flamencos, y sin calcular las consecuencias, partió secretamente de Viena, y prestó sin dificultad de ninguna especie el juramento que los flamencos le exigieron, aceptando todas las condiciones que para gobernarles le impusieron.

Unidos herejes y católicos por una comun aspiración que era la de establecer un gobierno puramente nacional, para sacudir la dominación extranjera afianzando sus libertades y franquicias, se comprometieron á respetarse recíprocamente sus respectivas religiones y proclamando por su gobernador al Archiduque, diéronle por vicario ó lugarteniente suyo al de Orange hasta que los Estados determinasen otra cosa.

En diciembre de 1577, los tercios españoles de Italia llegaron á Flandes bajo el mando del príncipe Alejandro Farnesio componiendo un total de seis mil hombres, y causando con su llegada una alegría extraordinaria al de Austria tanto por el valor de aquellos soldados cuanto por el ir con ellos su sobrino Alejandro el de Parma, cuya bravura pudo apreciar en Lepanto, y cuyas virtudes eran todavía superiores á su bravura, siendo una prueba de ello el negarse á aceptar la pensión que el rey de España le señalara por el tiempo que durase su campaña en Flandes.

Los rebeldes, preparándose á su vez, pedían apoyo á Francia, Inglaterra y Alemania, y la reina de la segunda potencia escribió á D. Juan de Austria, aconsejándole que ajustase algunas embozadas amenazas, mas la respuesta del austriaco, sin ceder al propósito de aquellos, fue tan atenta y cortés, que no dejaban lugar á queja alguna.

Hechos los aprestos por unos y otros, y dispuestos ambos enemigos para el combate, el día 31 de enero de 1578 en Gembloux, tuvo lugar el primer encuentro.

Mayor en número el ejército flamenco, érale superior en valor y militar pericia el de D. Juan de Austria, y los capitanes de los tercios españoles y los demás que habían acudido á guerrear bajo el mando del vencedor de Lepanto superaban en gran manera á sus contrarios.

D. Juan había inscrito en el estandarte que ondeara triunfante en Lepanto, las siguientes palabras: *Con esta enseña vencí á los turcos, con esta venceré á los rebeldes*, y verdaderamente que el comienzo de las operaciones demostró que iba á realizarse aquella promesa.

Dada la señal, y acometiéndose recíprocamente ambos ejércitos, solamente la caballería española bastó para desbaratar un cuerpo de diez mil infantes, que en su huida desordenaron al resto del ejército, quedando prisionero el general con varios caballeros, y en poder de los españoles treinta y cuatro banderas, todas sus piezas de campaña y casi todo el bagaje.

Tal fue el pánico que se apoderó de los flamencos, que la mayoría llegaron huyendo hasta Bruselas, viéndose obligados á rendirse los que trataron de sostenerse en Gembloux, de cuyo punto quisieron hacer su plaza de armas.

Tan modesto como valeroso el príncipe de Parma, después de haberse portado notablemente en el combate, al dar parte al Rey de lo ocurrido y á la Princesa su madre, tuvo elogios para todos, especialmente para su tío D. Juan, omitiendo el hablar nada respecto á sí.

Fácilmente se comprende que triunfo semejante, á la par que prestó un aliento extraordinario á los españoles, sembró la consternación y el espanto entre los flamencos, llegando esto á tal extremo, que al tenerse en Bruselas noticia de lo ocurrido, nadie se creyó seguro en la ciudad, y el archiduque Matías, el príncipe de Orange, la corte y el Senado, apresuráronse á evacuarla, aun cuando, dejándola prudentemente guarnecida, trasladándose á Amberes, donde recibieron nuevas noticias de los triunfos que iban alcanzando los españoles.

Efectivamente estos iban tomando plazas en el Brabante, y á la par que Boubignes, Tillemont y otras, caían en poder de Octavio, Gonzaga, Lichent, tras una vigorosa resistencia, era tomada á viva fuerza por el de Parma, que castigó con una severidad terrible á los vencidos, mandó colgar de la torre del castillo al gobernador y á los principales cabos, mandó degollar de noche á unos ciento setenta, cuyos cadáveres fueron arrojados al río, y usó semejante proceder, porque pertenecían á los rendidos en Gembloux, que habían prestado pocos días antes juramento de fidelidad al Rey.

Y para que resaltase mas la inexorabilidad con que se proponía tratar á estos, á los pocos días, al apoderarse de Diest, que se le entregó voluntariamente, y cuyos defensores no estaban en aquel caso, mostróse tan generoso con ellos, que agradecidos á su proceder, pasaron á servir en las banderas reales.

Reunido después Alejandro Farnesio con su tío D. Juan, que iba á atacar la plaza de Nivelles, en la entrada del Henaut, tuvo con

este que sofocar la sedición del tercio de alemanes, que gente poco sufrida para la demora del pago de sus haberes, como en distintas ocasiones hemos tenido motivo de advertir, amotináronse precisamente en los momentos que estaban pactándose las condiciones para la entrega de la ciudad, lo cual hizo que este hecho se retrasase algun tanto.

Rendida finalmente, ocupó el austriaco de la toma de Philippeville, mostrándose en el cerco de esta plaza tan hábil general como valiente soldado, consiguiendo de este modo en un breve espacio, dominar los españoles, las provincias de Namur, Luxemburgo y Henaut (1).

Asíduo había sido el trabajo y continua la fatiga á que se sujetara el de Austria durante aquel tiempo, y de ello hubo de resentirse su salud, teniendo necesidad de retirarse á Namur al objeto de restablecerse, confiando entre tanto la continuación de la guerra á su sobrino, con el cargo de general, seguro de que había de desempeñarle dignamente.

La toma de Limburgo, capital de la provincia de su nombre, y plaza muy importante, fue la primera empresa que acometió el Príncipe, y merced á su inteligencia y denuedo en junio de 1578, consiguió que se le entregase á condición de salvar las vidas y haciendas de sus habitantes, y de alistarse los soldados bajo juramento, en las banderas del rey de España.

Tomada la capital, subdividió sus fuerzas al objeto de que fueran apoderándose de las demás poblaciones, que opusieron algunas de ellas vigorosa resistencia y como entre estas, Dalhem se resistiera vigorosamente, el Príncipe, llamando al Sr. de Cernay, le dijo: *Id á Dalhem y haced que la artillería meta esta mi carta dentro del lugar.*

Frases rigurosas, que fueron inhumanamente obedecidas, puesto, que asaltada la población, cebáronse los soldados con tal barbarie, que horrorizan los detalles, que sobre este suceso refieren algunos historiadores.

La ocupación de esta provincia unida á las dos de que hemos hecho mérito, privaban de grandes recursos á los rebeldes, y aun cuando el de Orange trató de reanimar á los suyos, haciéndoles creer que Farnesio y muchos de los principales capitanes españoles, habían sucumbido entre los escombros á consecuencia de una voladura en el castillo de Limburgo, pronto se desvaneció el efecto producido por tal superchería.

Cuatro mil españoles de los veteranos de Italia llegaron por este tiempo de refuerzo á D. Juan, bajo el mando de esforzados y aguerridos capitanes, recibiendo este además, una carta de Felipe II, por medio del barón de Ville, en la cual le decía: «que si antes había andado remiso en hacer la guerra á los rebeldes por dárles tiempo para reducirse, ya que su clemencia no había servido sino para que le ofendiesen mas, quería sostener su autoridad con las armas, y para que pudiese hacerlo en su nombre, le enviaba novecientos mil escudos, ofreciendo proveerle en adelante de doscientos mil cada mes, con los cuales había de sustentar un ejército de treinta mil infantes, y seis mil quinientos caballos, sin perjuicio de concederle cuanto él creyere convenirle (2).»

Además envió también Felipe II un nuevo edicto para que lo publicase inmediatamente. En él, tras la enumeración de las ofensas que á Dios y á él hicieran los rebeldes, ordenaba que todos prestasen obediencia á D. Juan de Austria, como su lugarteniente, con otras disposiciones, encaminadas todas á robustecer la autoridad de D. Juan.

A su vez el príncipe de Orange ordenaba que todos los eclesiásticos jurasen defender y mantener la paz de Gante, reconociendo al archiduque Matías como gobernador general, sacrificándole sus vidas y haciendas en caso necesario, y contribuir con todas sus fuerzas á la expulsión de D. Juan de Austria y de los españoles.

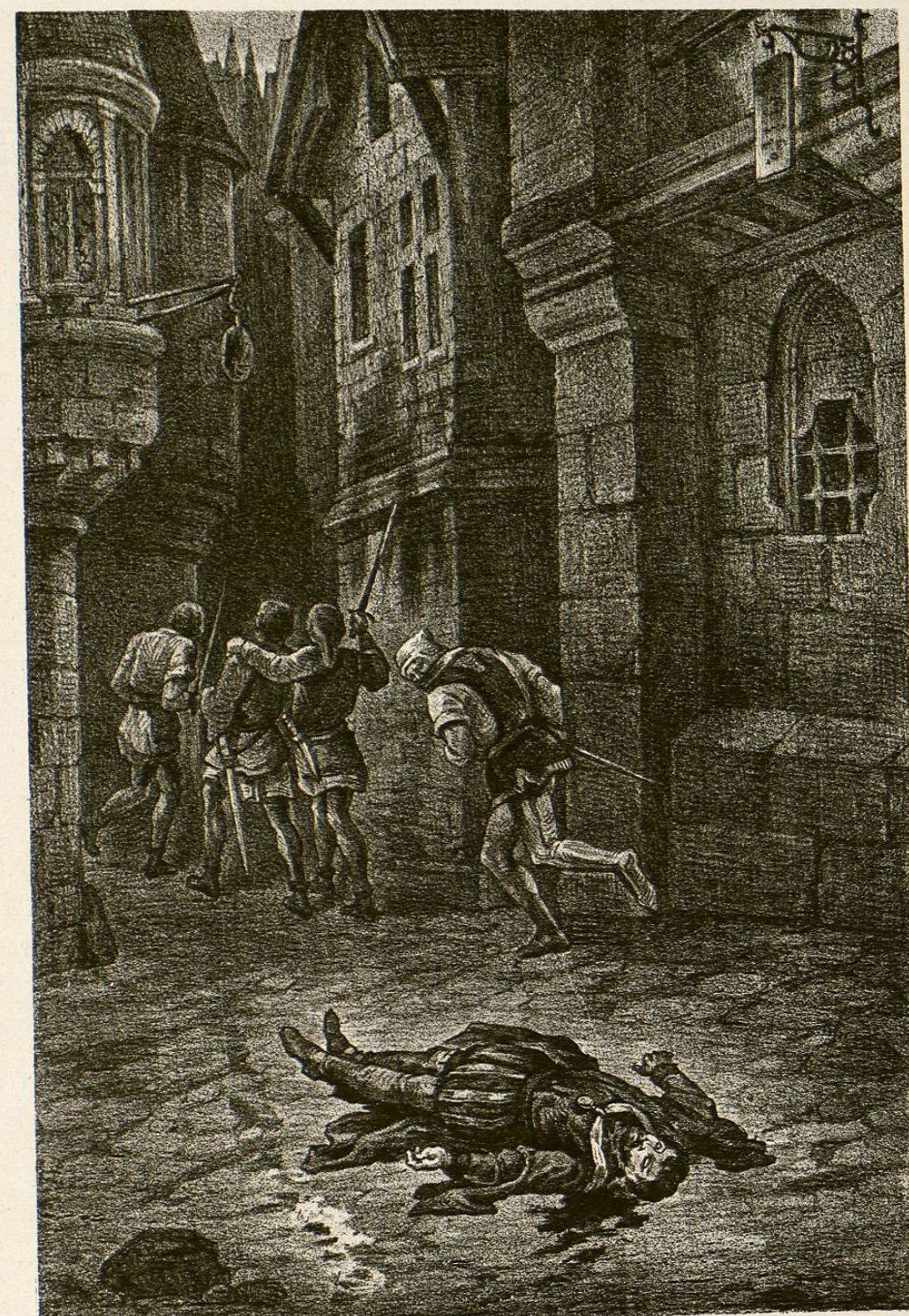
Negóse el clero católico á prestar semejante juramento; los resentimientos dieron comienzo, y bien pronto una nueva persecución tan terrible como las primeras, desatóse contra los templos, contra las personas y demás objetos del culto católico, pudiéndose fácilmente comprender que había de contribuir para dar un carácter mas sangriento á la guerra que se sostenía.

Viendo el príncipe de Orange que era sobrado fuerte el adversario con quien tenía que habérselas, y que no era tan fácil arrojar de Flandes á D. Juan de Austria, con la astucia y sutileza peculiares en él, trató de que llegasen á noticia del rey D. Felipe los tratos que existían para el casamiento de D. Juan con la reina de Inglaterra, creyendo que de este modo, conociendo el carácter de Felipe II, conseguiría separar de Flandes á D. Juan.

De su propia cosecha el de Orange, y tratando de sacar partido de esto, que no lo ignoraba el Rey, y que no lo desaprobaba, añadía, y esta era la parte en que él confiaba, que este matrimonio se hacía «por su mano, pues su intento y el de sus amigos era hacerle de este modo señor de los Países-Bajos, previó el seguro que les daría respecto á su nueva religión y á sus antiguos privilegios y franquicias.»

(1) Estrada, *Guerras de Flandes*. Decada I. lib. IX.

(2) Lafuente, *Historia de España*, parte III, lib. II, pág. 338.



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, OLMO, 29

ASESINATO DE ESCOBEDO.

CAPITULO CXX.

Marcha á Madrid el secretario Juan de Escobedo.—Es asesinado en Madrid.—Conducta de Felipe II con su hermano.—Le ordena haga la paz con los flamencos.—Inténtase asesinar á D. Juan de Austria.—Su muerte.

ANTES de que se tratase del matrimonio de D. Juan con la reina Isabel de Inglaterra, habíase proyectado su enlace con la desgraciada reina de Escocia María Stuart, y sobre este volvió á fijarse el austriaco tan luego se hubo creído libre de su compromiso con aquella.

Protector de esta union declaróse desde los primeros momentos el Pontífice, y tan adelante lo llevó, que se apresuró á enviarle las bulas, confirniéndole la investidura de aquel reino.

Entonces D. Juan envió á su secretario Juan de Escobedo, que era precisamente su hombre de confianza, para que en su nombre diera las gracias al Santo Padre, y marchase á Madrid para dar parte al Rey de las ventajas que iba obteniendo sobre los rebeldes, confiando en que muy pronto acabaría de vencerles, y suplicarle que no olvidase el apoyo que para la empresa de Inglaterra le prometiera.

Tanto Felipe II como su favorito Antonio Perez le recibieron perfectamente, pero tanto uno como otro solo trataron de entretenerle con evasivas, el primero porque por sus embajadores ya tenia noticias de los proyectos de D. Juan, y el segundo porque deseaba vengarse de Escobedo por ciertos «malos oficios» que le hiciera en sus amores con la princesa de Eboli.

Como quiera que Escobedo habia tenido gran parte en lo que el Pontífice hiciera con D. Juan, y se habia fiado de Antonio Perez, como dice Lafuente muy bien, mas de lo que conviniere, el ministro procuró aumentar los cargos contra él al hablar al Monarca, y secretamente se le formó proceso, secretamente se le sentenció á muerte, y Antonio Perez quedó encargado de ejecutar la sentencia.

Por dos veces intentó envenenarle convidándole á comer á su casa, mas viendo que el veneno no producía efecto, buscó algunos rufianes que al regresar una noche á su casa le asesinaron.

Como quiera que al ocuparnos de la caída de Antonio Perez en otro lugar, hemos de tratar este asunto con mayores detalles, nos concretamos aquí únicamente á consignar el hecho que llenó de profundo dolor á D. Juan de Austria cuando de él tuvo noticia.

Mientras esto sucedía en Madrid, en Flandes conseguía el príncipe de Orange, merced á sus excitaciones á los monarcas de Francia é Inglaterra y á los príncipes de Alemania que unos y otros le socorriesen, reuniéndose á sus tropas un cuerpo de alemanes mandados por el duque Casimiro y costeados por Inglaterra, y que el duque de Alençon, duque de Anjou á la sazón, con otro cuerpo de tropas francesas, acudiese á su favor, dirigiéndose hácia la ciudad de Mons.

D. Juan de Austria, á pesar de la oposicion que le hizo su sobrino el de Parma, determinó marchar contra los alemanes, para lo cual reunió el consejo de generales.

Allí volvió su sobrino Alejandro Farnesio á manifestar su opinion completamente contraria á emprender las operaciones, pero la mayoría opinó lo contrario, y no hubo otro remedio que ceder.

Entonces suplicó á su tío que se le diese puesto en el de mas peligro de la vanguardia, pues queria demostrar que si en el consejo habia considerado como un deber suyo desaprobar aquella empresa aprobada por todos los demás generales, una vez resuelta ya, queria que viesen todos que era el primero en ejecutar lo acordado.

En agosto de 1578 púsose en marcha el ejército español hácia el campo atrincherado que en las cercanías de Malinas, entre un bosque y una aldea, habia establecido el conde Bossu, y aun cuando por algun tiempo estuvieron dándose muy reñidos combates, no se empeñó ninguna batalla formal, siendo censurados lo mismo D. Juan de Austria que el duque Casimiro por no haber conseguido una victoria definitiva.

Tampoco los franceses adelantaron gran cosa, detenidos por los españoles, walones y tudescos, y solamente el país era el que sufría horrorosamente con los robos y atropellos que por do quiera se cometían, puesto que los jefes rebeldes, divididos entre sí, mas se ocupaban de sus propios asuntos que del interés general.

Al mismo tiempo la epidemia comenzó á desarrollarse en los dos campos, y el de Austria tenia que luchar contra aquel nuevo azote, contra sus adversarios y contra la escasez de medios con que contaba.

En distintas ocasiones habia escrito á su hermano pidiéndole recursos, pero Felipe, dándole siempre esperanzas, terminó por ordenarle que volviera á entablar negociaciones para la paz.

Semejante decision indignó al austriaco, y mucho mas al ver las proposiciones de los flamencos que, llenas de arrogancia y atrevimiento, consistían en que se reconociera al archiduque Matías como gobernador de Flandes, que se comprendiese en el tratado al duque de Alençon y al conde Casimiro, y que se restituyese á los Estados todas las plazas que se habian tomado en el Brabante, en el Limburgo y en el Henao.

«Menester le fue, dice un historiador de nuestros días, al príncipe Farnesio hacer esfuerzo de razones y de influjo para reducir á D. Juan á que tomara en consideracion tan soberbias condiciones, y aun así no dejó de escribir al Rey su hermano quejándose mas agríamente y en términos mas duros de lo que acaso le conviniere, diciéndole entre otras cosas, que cuando le pedia dinero no le enviaba sino palabras, con las cuales no se hacia la guerra.»

Por este tiempo tuvo lugar la tentativa de asesinato de D. Juan de Austria, fraguada por los enviados de la reina de Inglaterra el almirante Cobbe y M. Walsingham, quienes habian dado sus instrucciones á un individuo llamado Mos de Racleff.

D. Juan recibió aviso de todo esto por medio de D. Bernardino de Mendoza, quien le envió además el retrato de Racleff, así fue que cuando este, bajo pretexto de pedirle su proteccion, se presentó á él, el austriaco ordenó á su capitán de guardias que se apoderase de él cuando saliese de la audiencia y le entregase al preboste general.

Verificóse así, y sujeto á la cuestion de tormento, declaró que efectivamente llevaba una daga envenenada para clavársela á don Juan tan pronto como hubiese podido apartarle de los que le rodeaban.

El historiador Vander Hammen dice que fue preso tambien otro compañero de Racleff, y que ambos, probado su delito, fueron sentenciados á pena capital, descuartizados despues, y colocados sus miembros por el camino de Namur (1).

Mas no por esto aquellos á quienes interesaba la muerte del de Austria hubieron de esperar mucho.

El famoso ingeniero Gabrio Cerbelloni, amigo de D. Juan, estaba construyendo por encargo de este un fuerte á corta distancia de Namur, cuando un dia sintióse mal el hermano del Rey, enfermedad de la cual adoleció tambien Cerbelloni, sin que á pesar de los medios empleados para salvarse, pudiera conseguirse semejante resultado.

El ilustre enfermo se hizo trasladar á aquella fortaleza donde se acomodó en una humilde estancia, y como aun cuando los médicos daban esperanzas de salvarle, él comprendía que era grave su estado, llamó á todos los generales, y en su presencia nombró general en jefe y gobernador de los estados de Flandes á su sobrino el príncipe de Parma, mientras el Rey no dispusiera otra cosa.

Seguian los médicos no considerando de gravedad su estado, mas á pesar de esto, D. Juan, que sentía acercarse su fin, pidió que se le administrasen los santos Sacramentos, dejó recomendado al Monarca que no desatendiera á su madre y á su hermana, que pagase sus deudas y satisficiera á sus dependientes, y finalmente, que se le concediera reposar en la tumba junto á los restos del Emperador su padre.

Despues de haber terminado sus disposiciones cayó en un terrible delirio, en el cual, creyéndose al frente de un ejército y dirigiendo una batalla, exhalaba voces de mando hasta terminar lanzando el grito de victoria.

Finalmente, el 1.º de octubre de 1578, á los treinta y tres años de edad, falleció en medio del dolor profundo de todo el ejército, y de un sentimiento general, aun de parte de sus mismos adversarios.

El historiador Vander Hammen, dice que la enfermedad de don Juan fue un tabardillo, y el padre Estrada describe minuciosamente los dictámenes de los facultativos respecto á la enfermedad de don Juan y de Cerbelloni: «Al primero no le reconocian peligro alguno, mientras que al segundo le consideraban sin esperanza, y sin embargo, este, á pesar de sus setenta años, se salió, y D. Juan, en la flor de su edad, fue quien sucumbió.»

Otros historiadores dicen que al abrir el cuerpo para embalsamarle, encontraron la parte del corazón seca y salpicado el exterior de manchas negruzcas, por lo que se sospechó si la muerte del Príncipe fue producida por algun veneno, no faltando quien suponga si le fue administrado por el Dr. Ramirez, y nuestro historiador Lafuente, al ocuparse de este asunto, dice «que todo pudo ser, porque la política de aquel tiempo hace demasiado verosímiles tales crímenes.»

Todas las naciones representadas en el ejército que mandaba don Juan querían conducir su cuerpo, y fue necesario que el príncipe de Parma dirimiese el conflicto suscitado por esta razon, ordenando que los españoles sacasen el cuerpo de la casa, que allí lo entregasen á los maestros de campo de otras naciones por el orden en que mas inmediato se encontrasen á la tienda del general, y que así sucesivamente fueran conduciéndole en hombros hasta la ciudad.

Tendido todo el ejército desde el fuerte hasta Namur, tributáronsele los últimos honores, quedando depositado en la Iglesia mayor de aquella ciudad hasta que fue mas tarde trasladado al panteon del Escorial.

Tan luego recibió Felipe II la noticia de la muerte de su hermano, retiróse al monasterio de San Jerónimo del Paso, enviando inmediatamente á D. Alonso de Sotomayor á Flandes, confirmando el nombramiento de capitán general y gobernador de los Países Bajos en su sobrino el príncipe de Parma Alejandro Farnesio, encargándole muy especialmente que hiciera cuanto de su parte estuviere en pro de la religion católica, sin que abandonara las emprendidas negociaciones que se llevaban con Inglaterra, ofreciéndole además que no le faltaria con los socorros, tanto en hombres como en dinero, que pudieran serle necesarios.

(1) Vander Hammen, *Hist. de D. Juan de Austria*, lib. VI.



ENTREVISTA DE FELIPE II CON EL REY DE PORTUGAL.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.